

1183

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 6 de junio, 2025

ISSN-3061-7391



Recordando a Ana Graciela Bedolla Giles,

Diana

antropóloga, maestra en museología, y en cosas del corazón



Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1183, viernes 6 de junio de 2025, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editor responsable: Luis Miguel Morayta Mendoza.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN-3061-7391, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsable de la última actualización de este número: Luis Miguel Morayta Mendoza.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos. Fecha de última modificación: 6 de junio de 2025.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Miriam García

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada:

Ana Graciela Bedolla Giles, 2024.

Fotografía: SC. INAH. CND. Omar Ramírez.

Crédito contraportada:

Fotografía: SC. INAH. CND. Mauricio Marat.

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [@](#) [v](#) [d](#) /Centro INAH Morelos



Presentación

Fotografía: SC. INAH. CND. Mauricio Marat.

Esperamos que el lector sepa comprender el tono personal y emotivo que tienen los diferentes artículos de este número del Tlacuache. No podría ser de otra manera por la manera en que fuimos beneficiados por las extraordinarias cualidades y bondades de una mujer por varias razones, extraordinaria. Al recibir la noticia del fallecimiento de Diana, no pocos nos buscábamos desesperadamente para saber si la noticia era real. Fue muy difícil de aceptarla ya que casi todos guardábamos la imagen de su fuerte presencia, a la vez dulce y a la vez intensa.

Casi puedo asegurar que a cada una de las autoras y autores se nos hacía un nudo en la garganta y se nos escaparon algunas lágrimas al redactar nuestras participaciones. Si tan solo le hubiéramos podido decirle, un poco en más en vida lo que hoy le escribimos y devolverle su cariño, hubiera sido un acto de justicia.



Me cuesta trabajo hablar de ti...

Aida Castilleja González

Centro INAH Michoacán

En ocasión del Día Internacional de los Museos el INAH organizó un homenaje a Diana que, aunque sin duda merecido, ella no fácilmente habría aceptado. Gratos y entrañables recuerdos, vivencias, coincidencias, amigos en común habitan en una relación que, para mí, es simplemente entrañable.

Las dos estudiamos antropología física en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ella era de una generación anterior, allá por el año dos conejo (1973-74), como solía decir. Poco coincidimos en la ENAH mientras fuimos estudiantes. Realmente la conocí cuando llegué al Centro INAH Hidalgo, en 1979. Como varios otros que llegábamos a ese centro de trabajo, nos recibía de manera generosa, nos ofrecía su casa mientras encontrábamos algún lugar para vivir. Llegué con la clara finalidad de iniciar una investigación para mi tesis de licenciatura, por lo que no me fue difícil integrarme a un proyecto de investigación de nuestra especialidad que estaba a cargo Diana (ya luego supe que su nombre era Ana Graciela). Trabajamos con tlachiqueros de esa entidad. Íbamos de tinacal en tinacal (no para tomar aguamiel o pulque) sino para obtener información: íbamos con nuestro antropómetro, con un espirómetro para medir la capacidad vital de los tlachiqueros, con básculas y con los formatos para registro de información. En ese proyecto es cuando volví a ver a Josefina Ramírez -la Josefa- también antropóloga física a quien había conocido también en la ENAH, cuando estaba en el Museo Nacional de Antropología. Y de ahí pa'lante... De manera paralela a este trabajo, fui delineando un tema propio de investigación para mi tesis y me enfoqué a indagar sobre las respuestas al programa de planificación familiar en la misma zona de estudio del proyecto de los tlachiqueros. En esos ayeres forjamos otras amistades, además de la Josefa a quien ya mencioné, ahí conocí a Miguel Morayta, a Pepe Vergara, a Margarita Gaxiola, al Profesor Guerrero, entre otros.

Después de la experiencia en Pachuca, donde estuve hasta 1983 cuando me fui al Centro INAH Michoacán, cada una tomamos rumbos distintos en nuestra vida profesional como investigadoras del Instituto Nacional de Antropología e Historia y aunque no volvimos a coincidir en algún proyecto, coincidimos en la vida y eso es lo más entrañable. Diana y Josefa se quedaron en Pachuca, la bella airosa. Con la intermitencia que imponía la distancia y porque sólo teníamos el teléfono fijo para comunicarnos, buscábamos el modo de coincidir, como por ejemplo las asambleas sindicales. Platicábamos de lo que cada una hacíamos (o dejábamos de hacer), nunca fue difícil encontrar puntos de interés común a lo largo de nuestra vida en esta noble institución, como tampoco intereses en otros aspectos de nuestras vidas.



Fotografía: Archivo de Aida Castileja.

Digo que tomamos rumbos distintos porque ella, desde sus primeros años en la tarea de investigar, se dio cuenta de la gran importancia de la divulgación a través de los museos; hacia allá encaminó sus pasos que fueron trazando una firme y fructífera trayectoria entendiendo, desde muy pronto, la función social y educativa de los museos y de lo mucho que tenía que hacerse. Trayectoria que le permitió identificar -desde la década de 1990- no sólo sus preferencias en cuanto a temas de exposiciones museográficas -guiones permanentes o temporales- sino sobre todo, en la manera de formularlos para hacerlos accesibles al público explorando diversas modalidades de comunicación. Su apertura y convicción del trabajo colaborativo la llevó a explorar de manera creativa y responsable distintas estrategias; ella estaba convencida que más importante que definir qué hacer, era generar dinámicas del como hacerlo. Promovió la formación del personal en los museos del instituto en el país, lo hizo proponiendo y encabezando talleres de planeación y elaboración de guiones, así como participando en el diseño de materiales y actividades educativas. En una reciente entrevista que le hicieron el año pasado dijo, de manera categórica, “lo que hay en mi corazón es una maestra”. Entiendo que esto explica la muy trascendente inflexión en su vida profesional.

Recuerdo cuando durante la pandemia se integró al grupo de trabajo que se formó para la reestructuración del entonces Museo de Cuauhnahuac, ahora Museo Regional de los Pueblos de Morelos, en el que participaron trabajadores de distintas especialidades del Centro INAH Morelos; trabajaron en el guión de la sala introductoria. Así también trabajó en con distintos museos del centro de nuestro país donde hubiera conventos agustinos. Le interesaba sí, articular el discurso y las propuestas museográficas, pero su objetivo de fondo era lograr un trabajo colaborativo, propositivo y respetuoso entre quienes, desde sus distintas tareas, formaban parte del museo. Aunque no siempre lo lograba, según me platicaba por distintas razones, nunca dejó de intentarlo a sabiendas que eso también requeriría trabajo permanente.

Fotografía: SC. INAH. CND. Mauricio Marat.



Recuerdo cuando, muy contenta, me habló de su “descubrimiento de filosofía para niños” y de su interés en conocer más el fondo de ello (hace poco más de tres décadas). Así era Diana, no se conformaba con lecturas o con referencias superficiales. Con esa puerta que abrió, y con su gran habilidad de amalgamar experiencias y convencida de la necesidad de la descentralización de la vida institucional, asumió con mucho entusiasmo, y en todas sus dimensiones, la tarea de generar el Museo Regional del niño en la zona zapoteca de los Valles Centrales del estado de Oaxaca por dos elementos centrales: era comunitario y educativo. Se fue a vivir a Santa Ana cerca de año y medio, a inicios de la década de 2000. Una experiencia que la marcó y la dejó aún más convencida de la importancia del trabajo colectivo, de la gestión y de alianzas propositivas. Un trabajo de cara a la sociedad. Abrir espacios de intercambio de información, para nutrir, a través de la reciprocidad, el conocimiento y las interpretaciones sobre los procesos sociales y culturales; así como para la reflexión y asignación del valor patrimonial de sus legados.

Frecuentemente hablábamos de temas de interés mutuo, platicábamos en un ir y venir de información y, sobre todo de reflexiones: ella con clara inclinación a la labor en museos y yo en el campo de la investigación. Tres temas me vienen a la mente que me gustaría compartir:

Un diálogo muy rico platicando del trabajo con niños/sobre niños: (Entre el juego y el ritual: prácticas y sentido de la crianza en pueblos de tradición purpepecha; los niños como generadores de guiones desde su experiencia en Oaxaca y lo que le interesaba hacer en Culhuacan). Platicamos sobre la manera en la que se entiende la crianza y el aprendizaje: “para que se enseñen”, asumiendo en ello la acción directa de los niños en ese complejo proceso mediante el cual no sólo aprenden a desempeñar tal o cual labor, oficio, incluso hablar, sino se enseñan también a reconocer y a entablar relaciones de su entorno inmediato que los constituyen en persona: de parentesco, de afinidad, de vecindad. A ella, desde sus perspectiva de filosofía para niños y su experiencia en el museo del niño, le pareció relevante destacar el papel de la vida social comunitaria.

Otro tema fue el del papel de los museos y el patrimonio cultural. Un mano a mano también muy rico -que tuvo varios capítulos- que nos permitió sustentar planteamientos, yo nuevamente desde la investigación y ella desde el campo de museos en el que claramente integraba la mirada de los públicos, de los estudios de público. El papel de los museos como hacedores de patrimonio cultural fue uno de nuestras convergencias... el papel de las instituciones en la medicación de sentidos y significados.

Similar al anterior, fue una participación en una serie de diálogos que promovió y en la que ella colaboró vinculando experiencias de museos de Colombia y México “Tejidos culturales para la vida. Patrimonio Biocultural y Museología” que se desarrolló de mayo a diciembre de 2024. El grupo sigue vigente y las enseñanzas han sido muchas. Platicamos en distintas ocasiones sobre la perspectiva biocultural y los aportes al conocimiento y las formas de trabajo que ésta implica. Entre otros participantes, hay investigadores del Centro INAH Morelos, de la Dirección de Etnología y Antropología Social. Una experiencia por demás aleccionadora porque combina la discusión y reflexión académica con acciones concretas que se llevan a cabo a través de museos en estos países.

Conversar de la Diana, mi carnal, colega y comadre ha sido recurrente a lo largo de los años... hacerlo ahora en su ausencia, lo torna triste y complejo. Por eso, prefiero mantenerla presente, aunque ya no vea de manera recurrente sus mensajes en el whatsapp... Comadre... Carnal...

Nuestra Diana...

Joanna Morayta Konieczna

¿Cómo se inicia a escribir sobre una mujer extraordinaria en todos los sentidos? Tal vez con eso, con una pregunta, con lo que ella nos enseñó, a cuestionar en cada proyecto y circunstancia de la vida, no desde el desafío, sino desde la verdad y el principio de compartir.

Diana, Dianita, somos muchas y muchos los que fuimos tocados por ti, resultado de tu búsqueda insaciable por sembrar semillas fértiles que crearan ramas sólidas sin olvidar y procurar las raíces, y eso, se dice fácil, pero es un don que sin duda tú supiste manifestar en cada uno de los que tuvimos el regalo de participar, brindar, crear y celebrar contigo.

Me quedó corto el tiempo en el que tuve la fortuna de aprender colaborando contigo, pero sin duda, cada plática e incluso debate de ideas era marcado por un desenlace en el que, sin saber cómo, inyectabas más ganas, más preguntas, más intensiones y más despertares. Tenías algo que es muy difícil encontrar en estos tiempos, un oído que escuchaba, no desde la comodidad, sino desde la empatía. Jamás menospreciabas el sentir o las ideas, al contrario, las retabas, las ubicabas y lograbas sacar lo extraordinario en lo más sencillo.

Con tu partida he podido descubrir a toda una comunidad de “Dianeros”, todas tus sabandijas a las que nos acompañaste, enseñaste, guiaste y, sobre todo, quisiste tanto. ¡Qué manera de hacernos sentir únicos a cada uno de nosotros! Espero desde el fondo de mi corazón que hayas partido sabiendo la gran tribu que creaste, las semillas fértiles que sembraste y las vidas, museos, infancias y saberes que transformaste y engrandeciste.

Tu grandeza radicó, en parte, en tu sorprendente humildad. Tu talento recorrió grandes proyectos y colaboraciones con los que hoy llaman “grandes”, sin embargo, no pregonabas tu propia grandeza, incluso todos esos “títulos de nobleza” te resultaban incómodos, pero escucharte cuando compartías tus transitaros no quedaba más que ir “pelando los ojos” de todo lo que tu mente y tus manos habían tocado, aun así, ¿cómo olvidar tu orgullo por las arrieras, tu amor por Santa Ana del Valle, o aquella exposición de tiburones? Siempre defendiendo el reconocimiento por las autorías, las labores, las mentes creadoras y los quehaceres de quienes hayan participado. Toda narración tuya se volvía fascinante y nuevamente retadora, con más ganas por crear de fondo, siempre preguntando, siempre aprendiendo, siempre haciéndote más grande.

Y con estas palabras no quiero dar una idea falsa de nobleza simple y apapachos banales, Dianita era una mujer con posturas muy marcadas que defendía. Tenía una fuente inagotable de dar oportunidad a quienes nos acercábamos, pero también tenía una profundidad de análisis que no daba tregua, sin embargo, aunque algunas veces no coincidíamos era revitalizante argumentar con ella. No miento al decir que horas de plática se pasaban como agua, sí, muchas veces con muchos toques de chisme y uno que otro “si cuentas esto diré que estabas borracha en una banquetta”, nunca hizo falta, su confiabilidad era absoluta, estoy segura de que, como de mí, se llevó de todos nuestros profundos secretos.





Diana Bedolla en el Centro Comunitario Culhuacán, 2022. Fotografía: SC. INAH. CND. Mauricio Marat.

Cada proyecto que realizó estaba impregnado por su dulzura y, a su vez, por una estructura que, distante a pensar en las limitaciones proyectaba hacia lo increíble. Desde su taller de elaboración de guiones, que, de manera personal, reformuló mi propia forma de trabajar, haciéndola más fácil y sin duda más creativa. ¡Cuánto disfrutaba de la creatividad! Alentaba las ideas, el pensamiento, y ¿cómo no hacerlo?, a través de la filosofía para niños, desde la cual nos revolucionó el pensamiento, aplicable en cada aspecto de la vida misma. Con esa forma de escuchar, dialogar, investigar y crear, siempre para un bien común, para un futuro mejor para todos.

A su vez, siempre fue enigmática, presiento que es una de las cosas por las que siempre queríamos más, descubrirla más, la visualizo como un árbol de tronco duro y fuerte de algún bosque, al que todos recurríamos para protegernos de la tempestad, la lluvia y los vientos, pero también para celebrar nuestras alegrías y reír mucho, Diana, nuestro lugar seguro. De alguna forma se encargaba de que sin distinción nos arropaba, nos tenía presente a cada uno, sabiendo tejer las habilidades particulares para crear, con su visión, redes impresionantes de colaboración y participación, nunca descansó en compartir, en compartirse.

Se queda corto tratar de describir a Dianita, mi acercamiento con ella transformó mi espíritu incluso en los días grises, y ahora cuando algo sucede, suelo pensar: ¿Qué haría Dianita en esta situación? ¿Elegiría esta batalla? O calmaría las aguas diciendo paciencia, las cosas toman su rumbo y dirección, siéntate y observa.



Fotografía: SC. INAH. CND. Mauricio Marat.

Gracias Dianita, por dejarme soñar y crear juntas, por darme la oportunidad de dar a luz a nuestros últimos pequeños bebés que tanto quisimos: *Chicomecoatl una pieza, una diosa y Huellas del culto a las deidades del agua*. Gracias por dejarme fisgonear un poco en filosofía, por dejarme participar a tu costado en el proyecto de Agustinos que tanto defendiste, por abrirme tu corazón y dejarme compartirte el mío, por entusiasmarteme sinceramente por las alegrías y por siempre estar a pesar de todo, desde siempre, desde el año 2 conejo.

Posiblemente la idea de estas palabras, originalmente, eran dar un pequeño repaso por algunas de sus obras, pero me quedo corta al tratar de explicarlas o narrarlas, así que solo quedó poder describirla, muy breve y seguramente con muchos detalles omisos.

¡Tan grande, Dianita! Gracias a tu perfecta coherencia entre tus pensamientos, tu corazón, tu voz y tus actos que hacía que tu espíritu creciera desmesuradamente, incontrolable, creció tanto que tu cuerpo le quedó pequeño y por eso tuviste que trascender. Pero debes saber, desde el plano en el que te encuentres, que dejaste raíces, mucho amor, mucha alegría, mucho aprendizaje y muchos retos.

Gracias Dianita, por siempre y para siempre... ¡Lo hiciste! ¡Nos hiciste comunidad!



Diana

Un relato sobre su presencia crítica, creativa y cuidadosa

Carolina Carreño Vargas

La Subdirección de Educación Patrimonial, Públicos y Comunidades
Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones

"La curiosidad ha dominado mi vida. Me interesa la educación, los museos y la filosofía para Niños. La filosofía budista me ha dado gran aprendizaje para estar en el mundo de manera respetuosa y reverente ante los milagros de la naturaleza".

-Diana Bedolla

Diana jamás me perdonaría si empiezo este relato en un tiempo diferente. Así que, corría el año dos conejo* cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) tuvo la buena fortuna de que Diana se sumara como investigadora al Centro INAH Hidalgo con un proyecto sobre Tlachiqueros. Además, colaboraba en proyectos de divulgación, organizaba conferencias y apoyaba en exposiciones, así creció su amor por los museos.

"Lo que hay en mi corazón es una maestra", decía Diana, cuando tenía oportunidad de explicar el llamado que la impulsó a cuestionarse si el trabajo de investigación respondía a lo que ella veía como vocación de servicio institucional y personal, y que la movió a explorar ampliamente los caminos de la divulgación, los museos y su relación con las escuelas y las comunidades.

Algunas de sus exploraciones terminaron, como ella decía en tono de broma, en el Museo de los esfuerzos inútiles... otras, en proyectos entrañables como la creación y puesta en marcha de *El Museo Regional del Niño*, que ella definía como un museo comunitario, educativo y participativo con y para niños zapotecos. (1992 – 2003). O en la coordinación del *Programa Nacional de Museos Comunitarios*, una colaboración entre el INAH y la Dirección General de Culturas Populares (1996-98).

Pero a Diana le interesaba potenciar la función educativa de los museos y esta vocación la impulsó a crear y coordinar el Programa Nacional de Servicios Educativos de los Museos, en la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH. (CNMyE) (1996-1998). Y es por estas fechas que conoció a María Engracia Vallejo, otra impulsora de la educación en museos con una amplia trayectoria y reconocimiento en este gremio, quien terminó por hacerse cargo del programa y sus transformaciones, en 1997. Y con quien Diana cultivó una gran amistad.



Presentación de la Gaceta de Los Museos, 80/30 en la Feria del Libro Antropológico. Fotografía: Alejandra Betancourt.

Como suele pasar con las personas llenas de curiosidad, virtudes e intereses, Diana participó en otros proyectos, no todos explícitamente relacionados con la educación, como la creación del Museo de Arte Popular o la investigación en el Centro Comunitario Culhuacan, aunque sin duda todos ellos atravesados por su vocación educativa y los principios de la *Filosofía para niños*, metodología que practicaba y compartía generosamente con quien mostrara curiosidad y escucha.

En 2013, retoma la entonces Subdirección de Comunicación Educativa de la CNMYE y durante nueve breves, pero invaluable meses, impulsó y dio continuidad a proyectos como la *Camarilla de Experiencias Educativas*, en la que se abordaron temas como el papel y responsabilidad de los museos ante la Migración y la Violencia; *Al INAH en bici. Paseos por tu patrimonio* y los *Campamentos para universitarios*. Además, fundó el *Seminario de la Función Educativa de los Museos*, donde se revisaron diferentes enfoques educativos y que ese año llevó por nombre: *La función educativa de los museos. Nuevos retos, nuevas posibilidades*, por supuesto, impartió la primera sesión titulada: *La propuesta de Matthew Lipman. Filosofía para niños*. En este periodo también realizó la transición de la Subdirección de Comunicación Educativa a la Subdirección de Educación Patrimonial.

Diana nos dejó constancia escrita de algunas de sus reflexiones y aprendizajes sobre la educación en los museos en textos como *A vuelo de pájaro: la vocación educativa de los museos del INAH y sus públicos*; *Apuntes para una política educativa en los museos del INAH*; *De la comunicación educativa a la educación patrimonial: una perspectiva*; *De lo que puede suceder cuando te acercas a una obra de arte*; *Exposiciones con niños, una experiencia aleccionadora*; *Experiencias institucionales de vinculación* y *Sin renunciar a la palabra. Pensar críticamente en los museos de Historia*.

Pero el verdadero legado de Diana o al menos el que más atesoro, no se encuentra en “qué” hizo, sino, en “cómo y para qué” lo hizo. Pues como bien dijo Mónica Velasco, cofundadora de la Federación Mexicana de Filosofía para Niños, con Diana cualquier cosa se convertía en un proyecto de crecimiento, gozo, espontaneidad, risa y encanto.

En 2013, cuando nuestros caminos se cruzaron en la entonces Subdirección de Comunicación Educativa, Diana se convirtió en mi jefa, mi colega, mi maestra y con el tiempo mi cómplice y amiga. Amplió mi percepción del mundo y de mí misma, gracias a que siempre buscó la forma de apoyar y sostener mis metas y anhelos, de ponerme a la mano todo tipo de recursos para crear mi propio camino. Pero también gracias a que en ocasiones me “obligó” a bajar el ritmo, a soltar la compulsión de controlarlo todo y aceptar que, “cuando no se puede, no se puede y además es imposible”. Su presencia y acompañamiento enriquecieron indescriptiblemente mi vida.

Tanto en sus proyectos, como en sus relaciones laborales y personales Diana procuraba y nos procuraba espacios donde pudiéramos reconocer y ejercer nuestra capacidad para deliberar y actuar, donde cultivar juntas nuestro pensamiento crítico, creativo y cuidadoso, en ambientes de respeto, escucha, diálogo, cooperación, horizontalidad, reconocimiento y afecto mutuos.

Diana nunca desaprovechaba una oportunidad para resaltar, compartir, celebrar o presumir las cualidades, aportaciones o logros de quienes compartimos con ella. Nos inundaba constantemente con su amor infinito y su fe avasalladora. Y así como no dudaba en cobijarnos cuando era necesario, tampoco dudaba en darnos el empujoncito que nos haría “saltar del nido” cuando notaba que el miedo o las dudas nos paralizaban sin razón. Muchas coincidimos en tener la sensación de que Diana creía en nosotras mucho más de lo que tal vez llegaremos a creer en nosotras mismas algún día. Y tal vez por esto mismo también coincidimos en la enorme sensación de vacío y desamparo en la que nos sumergió la noticia de su partida.

Todavía no acabo de asimilar la noticia, ni mucho menos de reorganizarme, pero si estoy segura de que hoy te hace feliz saber que para enfrentar el desamparo que nos deja tu ausencia nos cobijamos unas a otras, en las comunidades de aprendizaje que formaste y en las amistades en común, porque más grande que tu ausencia es la huella que tu presencia, tu acompañamiento y tu forma de ser en el mundo ha dejado y que nos regala la posibilidad de encontrarnos y encontrarte en las semillas que sembraste en cada una de nosotras y que esperamos saber cultivar, multiplicar y esparcir en el mundo.

Gracias Dianita *1980





Después de la sesión del curso de guion museográfico impartido por Diana en el Museo comunitario de Culhuacán.

Ana Graciela Bedolla Giles, nuestra querida diana. Una antropóloga con corazón de maestra

Laura Corona de la Peña

DEAS -INAH

Querida Diana, te escribo esta carta esperando que puedas leerla allá a donde has trascendido, también es para que puedan saber un poco de ti quienes no tuvieron la fortuna de conocerte.

Amiga querida hace unos días celebramos el “día del maestro”, sé que te formaste como antropóloga física; sin embargo, tu camino fue el de la docencia, una docencia que ejerciste principalmente a través de la museología. Tú siempre lo tuviste claro, incluso alguna vez lo dijiste tal cual: “Lo que hay en mi corazón es una maestra”. Hoy te escribo para agradecerte tus enseñanzas, no solo en lo que tiene que ver con museos, sino esas que nos marcan profundamente: las enseñanzas de vida.

Ahora que platicamos de ti, Leo me dice: Diana siempre fue una mujer muy amable, generosa, platicadora, sabia y sencilla. Añade Zazil (mi hija): Diana era buena onda, me caía muy bien. Eso también hay que decirlo, amiga, siempre fuiste una persona de trato agradable, de risa sincera y de palabras claras.

¿Te acuerdas Diana de nuestros tiempos de zoom? Seguro esto te saca una sonrisa, fueron los días en que la contingencia sanitaria por Covid-19 nos tenía recluidos en casa, por eso trabajábamos en línea, esas reuniones poco a poco se hicieron muy amenas, nos veíamos en cuadritos pero teníamos abiertos nuestros hogares y eso nos permitió abrir las puertas de nuestros recuerdos y anécdotas, incluso hablamos de

nuestros malestares y fue así que nos brindaste el contacto de tu amiga Paty, ella ahora es nuestra guía en el mundo de la yoga, pero esa es otra historia también feliz. Fue a principios del 2020 cuando nuestro estimado Luis Miguel Morayta Mendoza nos invitó a varias compañeras y compañeros a formar parte de un grupo de trabajo: el *Colectivo de Estudios sobre el Patrimonio Biocultural del Estado de Morelos y Regiones Colindantes*. En 2021 el colectivo se incorporó al equipo que trabajaba en el guion museográfico para la reestructuración del Museo Regional Cuauh-náhuac, más conocido como Palacio de Cortés, en Cuernavaca, Morelos, que había resultado seriamente dañado por los sismos del 2017.

Diana querida te volaste la barda, mira que proponer un Laboratorio de Museografía para construir el guion del museo. La propuesta implicaba abrir un diálogo entre las personas que en el INAH se dedican a la investigación y las que se dedican a la museología y museografía, sin duda esta fue una muestra de lo que para ti es el trabajo y de cómo tienes bien puesta la camiseta de nuestro instituto.

¿Sabes Diana? No alcancé a decirte, pero esa experiencia de participar en el laboratorio abrió para mí un universo impresionante y entrañable, te lo agradezco mucho porque me ha permitido empezar a desarrollar una de mis pasiones más fuertes, la divulgación del conocimiento, esa es una historia de la que te escribiré en otra ocasión.

Han pasado ya casi cuatro años querida Diana, desde que en julio del 2021 nos compartiste un documento titulado: *Laboratorio de Museografía. Propuesta inicial*, en él pudimos constatar el entusiasmo y cariño que pones en cada cosa que realizas, este archivo llevaba además la mano experta de nuestra querida Joanna Morayta Konieczna, colega y amiga con quien desarrollaste varios proyectos. En ese documento de 6 páginas dejabas claros los antecedentes y objetivo de la renovación del museo, las líneas y forma de trabajo del laboratorio, así como los contenidos, mismos que reflejan los puntos que para ti eran fundamentales en un museo del INAH: proyecto museográfico, educación patrimonial, inclusión, vinculación comunitaria, difusión y presupuestos. Atesoro este archivo digital que además es visualmente

hermoso. El Laboratorio de Museografía inició el 28 de septiembre de 2021, pero antes de eso nos brindaste sesiones fundamentales para la tarea que emprendíamos, una de ellas fue la conferencia del Dr. Manuel Gándara del 17 de agosto de 2021, otras fueron en las que nos explicaste con toda paciencia qué es y cómo se construye un guion museográfico.

Trabajamos durante varios meses en el laboratorio, en ese espacio conocí virtualmente a colegas del INAH a quienes vi en persona hasta que nos encontramos en tu funeral, ese día comentamos que usualmente no usamos ropa blanca y que la llevábamos porque así lo pediste, entonces sonreímos porque te recordamos. Bueno, continuando con el trabajo de renovación del museo, me acuerdo que había reuniones plenarias del Consejo encargado de la renovación del museo, ahí se presentaban los avances de los grupos: Introducción, Arqueología, Historia y Antropología, hubo discusiones muy enriquecedoras sobre temas como el antropoceno o la forma de hilar los discursos para dar coherencia a una visita por las distintas salas. En esas reuniones también se decidió el perfil y el nuevo nombre del recinto que quedó como: Museo Regional de los Pueblos de Morelos, que fue inaugurado el 30 de marzo de 2023 quedando pendientes las salas del primer piso.

Diana querida hoy no escribiré de los sinsabores y problemas que enfrentaste durante el proceso de renovación del museo, aunque la verdad es que casi no nos contaste de ellos, solo se te escaparon algunas ideas uno que otro día, y ¿sabes? Así aprendí de ti como sortear ciertas circunstancias. En fin, Diana, termino diciéndote que te extraño mucho, nos quedaron pendientes varias reuniones, festejos y el curso de museografía, que dicho sea de paso tú resolviste desde antes, porque será Carolina Carreño Vargas, otra querida colega del INAH, quien pueda concretarlo, y digo que lo resolviste porque ella me platicó en tu funeral que les diste un curso de cómo dar el curso de guion museográfico, esa es la maestría de una profesora como tú Diana, que transmite incluso el conocimiento de cómo dar continuidad a un curso, ese que tomé dos veces contigo y que recuerdo con cariño, ah por cierto que lindas las ranitas que llevabas. Gracias Diana por todo.



Diana y Laura, encuentro en la FILAH, MNA. Fotografía: Laura Corona.

A ti Diana

Luis Miguel Morayta Mendoza

Centro INAH Morelos

En 1982, por un acuerdo entre el Centro INAH Morelos y el Centro INAH Hidalgo, pasé a formar parte de este último, temporalmente. La razón se debió a que fui invitado al proyecto, **Las Huastecas** del CIESAS. Llegue sin conocer la Sierra y la Huasteca Hidalguenses, ni siquiera Pachuca y menos a los investigadores de este Centro. Lo que si tenía era un enorme entusiasmo por aportar al proyecto colectivo del CIESAS. Mi primera experiencia fue recibir apoyos en todos los sentidos de Josefina Ramírez, Aida Castilleja y Ana Graciela Bedolla, Diana. En aquel entonces, estaban involucradas, como antropólogas físicas en evaluar la salud del sistema respiratorio de los tlachiqueros y luego con los mineros, para que ellos tuvieran más recursos con que negociar los contratos colectivos con las minas. Más adelante, Diana se involucró en forma importante con el movimiento magisterial que en Hidalgo como en Morelos tuvo mucha importancia.

Diana me brindó hospedaje en su casa durante varios meses. Así pude ir observando algunas de sus cualidades que la hacían un ser muy especial. Su capacidad de trabajo, su sólida postura frente a lo que consideraba injusticia y abuso de poder, la calidez e intensidad en su manera de apoyar y aun de criticar. Se podía recurrir a ella por una opinión sana, a un remanso.

Regrese a Morelos, al final de 1983. Dejamos de tener contacto constante. La vi en Tlaltelolco, un dos de octubre de la década de los ochenta, en un año que no recuerdo pero lo que si tengo, en mi mente, son muy vividas imágenes de lo que ocurrió entonces. Se dieron cita las facultades, las escuelas y otros grupos que habían estado presentes en el 2 de octubre de 1968, hasta un helicóptero rentaron. Los testimonios y relatos de quienes vivieron la terrible represión fueron muy intensos. una mujer relató que fue herida y llevada a un hospital. Al llegar una enfermera la oculto pues venían los del gobierno rematando a varios heridos. Estuvo dos semanas escondida y un día la enfermera le señaló una ventana diciéndole: “por ahí vete ahora es seguro”. Para evitarle problemas, nunca antes contactó a la enfermera para agradecerle que la hubiera salvado, fue en esta conmemoración cuando lo pudo hacer. Traigo este punto porque Diana de alguna manera estuvo involucrada. Algo nos dice esto de ella.



Taller de Museología.



Encuentro de Conventos Agustinos, Santa Mónica. Puebla, Fotografía: Guillermo Castañeda, INAH 2019.

Por un tiempo no nos vimos, pero supe de sus esfuerzos por mejorar las cosas en el INAH desde la Secretaría Técnica. Realizó un museo en Oaxaca coordinado y realizado con y para niños se convirtió en un buen ejemplo de considerar la opinión y los intereses de ellos para orientar la museografía. Repitió la misma actitud en la museografía de otros museos y nos la contagió.

De vez en cuando platicamos sobre los homenajes que organizó sobre todo a Jorge Angulo y Mario Vázquez. Era de justicia darles un reconocimiento a quienes son y fueron partes vitales del INAH. Se la veía entregada con mucho gusto al realizarlos.

Algunos compañeros del Centro Regional Morelos. Estuvimos involucrados en crear una exposición sobre el auxilio inmediato que se dio luego del sismo de septiembre 19 de 2017. Diana organizó un taller al efecto que mejoró la exposición. De ahí surgió un entusiasmo colectivo por incluir a Diana en algunos de nuestros proyectos. La jalamos a ser parte del Colectivo de Estudios del Patrimonio Biocultural del Estado de Morelos y Regiones Colindantes. Digo que la jalamos, porque a pesar que colaboraba de manera importante con el colectivo, se negaba a reconocerlo.

En la construcción de los guiones del Museo Regional de los Pueblos de Morelos nos brindó la oportunidad de ver la extraordinaria persona que Diana era y será en nuestras mentes. Ella nos hizo valorar a profundidad la intención que los museos deben ser una oportunidad para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro. Dejar atrás los museos tipo zapatería donde el objeto es lo principal. Nos enseñó que el objeto debe de ayudar a lo que las cédulas explican. Nos llevó a realizar un Laboratorio Museológico en el que se involucraron miembros del Centro INAH Morelos y de la Coordinación de Museos y Exposiciones. Nos hizo crecer de la manera más contundente y aun amable. Se ganó el respeto y el aprecio del colectivo que se formó para atender los temas etnográficos. Nos compartió sus experiencias en los Museos y comunidades de Oaxaca y en el ex Convento de Culhuacán. Ahí realizó importantes actividades de involucramiento con comunidades que compartió con nosotros que mucho nos motivaron. Algunas autoridades no lograron o no quisieron comprender la riqueza y empuje de sus convicciones, sus aportaciones a la museología y al INAH. Las autoridades que si lo hicieron la acompañaron en sendos logros.



A iniciativa de Diana y con el enorme reconocimiento que le teníamos (y tenemos) y lo mismo los colegas colombianos, se creó la red, Tejidos Sociales para la Vida, Patrimonio Biocultural y Museología. Fue idea de ella y la seguimos emocionados en esa maravillosa aventura. Se conformó un seminario de ocho sesiones con la participación de más de 25 colegas de ambos países. Entusiasmo y calidez, acompañaron todo el recorrido.

Estas escuetas líneas no hacen justicia, en los más mínimo a la enorme trayectoria de Diana. Si Diana, siempre te vimos como una gran maestra que no solo ensañabas, más bien compartías, que lo hacías con dulzura hasta hacernos comprender que la dulzura también es fuerza. Que aprender de ti siempre fue con alegría. Hay concertistas que al ejecutar un concierto, parecen acariciar las teclas en lugar de golpearlas provocando extraordinaria música. Algo así sucedía con Diana.

Debo confesar que todavía no supero la etapa de aceptar su partida. Aun me sorprende pensando en hablarle por teléfono para compartirle algo. Hay quienes su presencia es más fuerte que su ausencia.

Por todo,
GRACIAS DIANITA



El proyecto de...
región poblada...
tres mil años, se...
prehistórica, dedicada a las deidades de...
la fertilidad, los muros y el embarcadero...
erigidos en el siglo XVI, y el bote del...
monumental que alimentó las lavanderas...
hasta los años 50 del siglo XX.

"Yo era presidenta de la
Junta Vecinal cuando se hizo el
proyecto del Parque...
Don Nacho Ambríz organizó a
todos los señores para que
llevaran la piedra para reparar la
barra del convento."
Doña Tere Espinosa Mercado

...se encontró
un brasero en forma de
maguay, así como la
Chicomecoatl



(...) Ese día que encontraron a
la diosa de la fertilidad... la
gente consiguió maíz rojo,
azul, blanco y pinto...
arranaron las mazorcas de...
hojitas y se las pusieron...
alrededor. Se le pusieron...
y también incienso...
que salió de...
La gente trajo...
aquello que da...
que creemos...
antes."



Cultura
Secretaría de Cultura



Responsabilidades compartidas

La unión de la tierra con el agua es
símbolo de fertilidad. Esta vasija es
excelente muestra de la colaboración
de las fuerzas naturales y sobrenaturales
en el sustento de las poblaciones. En
ella está la Chicomecoatl, deidad de la
fertilidad, y tanto en la parte posterior como en
la tapa, se representa a Tlaloc, que da la



Huilitlauhqui
Chichihuehuetl

Su nombre en nahuatl significa Siete (7) Serpiente (coatl). Su importancia se pone de manifiesto en los calendarios del México antiguo.

El que constaba de 260 días, llamado Tonaltemetli, componía de veinte unidades (meses) de